

Happy Valley: un policial que mira desde adentro

Diego Mauro

Estudios del ISHiR, 15, 2016, pp.108-110. ISSN 2250-4397

Investigaciones Socio Históricas Regionales, Unidad Ejecutora en Red – CONICET

<http://revista.ishir-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR>

Reseña/ Review

Happy Valley: un policial que mira desde adentro

Diego Mauro (UNR/CONICET)

Happy Valley es una serie policial producida por la BBC y estrenada en abril de 2014. Creada y dirigida por Sally Wainwright (reconocida escritora de televisión y ganadora de dos premios BAFTA) cuenta actualmente con dos temporadas de seis capítulos (y se ha anunciado recientemente una tercera). La historia de la primera temporada, sobre la que versa esta reseña –en la que intentaremos reducir al mínimo los spoilers–, se centra en la actuación de la sargento Catherine Cawood (protagonizada por Sarah Lancashire) en una pequeña localidad del condado de West Yorkshire. Algunas ideas de la trama, empezando por la trastienda del secuestro en torno al cual giran los hechos, recuerdan el celebrado film de los hermanos Cohen, Fargo, pero las semejanzas terminan rápidamente: Wainwright opta por narrar de manera austera buscando un realismo crudo en el que el trabajo de dirección y la fotografía se ponen plenamente al servicio del relato. La serie logró un rápido reconocimiento internacional (con numerosas nominaciones y premios) y excelentes y justificadas críticas.

En términos narrativos, rompe con los formatos clásicos y los estereotipos tradicionales del policial "analítico" y racionalista inglés y la novela negra norteamericana (aunque retoma algunos de sus elementos) y se acerca en tono y escenarios al policial contemporáneo representado por autores como Andrea Camilleri, Henning Mankel, Ann Cleeves, Petros Márkaris o Leonardo Padura, entre otros. La trama que envuelve a Catherine no es particularmente enmarañada –resultado de una brillante mente criminal que es preciso desentrañar poco a poco–, ni requiere de sofisticadas elucubraciones. La fortaleza de la historia no está en la complejidad del caso propiamente dicho sino en lo que lo rodea (afuera y adentro de los personajes). Al igual que en las famosas sagas de los detectives Kurt Wallander o Kostas Jaritos la trama

entrelaza el caso con un contexto social, cultural y político que es mucho más que un mero escenario y *Happy Valley* es sin dudas una ventana para debatir muchas de las problemáticas que atraviesan nuestras sociedades: el crecimiento de la desigualdad y el desmantelamiento de los Estados de bienestar, el desempleo juvenil, el accionar policial y el sistema penitenciario, la violencia de género y la marginalidad. Wainwright, no obstante, opta por centrarse en los fantasmas interiores que asechan a Catherine y en la red de pequeñas (y grandes) miserias y mezquindades que mueven a una serie de personajes grises que se debaten entre el rencor, la frustración y la infelicidad. El personaje de Steve Pemberton (Kevin, el contador que planifica el secuestro) condensa precisamente esas pequeñas miserias que, como en *Fargo*, conducen sin rupturas, en una línea de continuidad, hacia acciones cada vez más atroces.

En este sentido, a diferencia de la impronta racionalista que dominaba a los protagonistas del policial clásico, desde Hércules Poirot y Miss Marple a Philip Marlowe, *Happy Valley* propone, como *The Killing* o *The Fall* (por mencionar otras dos excelentes realizaciones actuales) una aproximación antropológica mucho más compleja que recrea en cada personaje una multiplicidad de pliegues emocionales, claroscuros pulsionales y deseos reprimidos. En el caso de Catherine, Wainwright se sumerge en las profundidades de su mente y nos muestra los terribles espectros que la acosan y su lucha cotidiana por superarlos. En sintonía con las recientes producciones británicas *Broadchurch*, *River* y *Shetland* –estas últimas también de la BBC– o la norteamericana *Bosch* (basada en la serie de novelas de Michael Connelly), en *Happy Valley* la vida privada de Catherine (de 47 años, divorciada y con dos hijos –uno muerto y otro con el que apenas tiene comunicación–, un nieto y una hermana en recuperación por su adicción a la heroína, tal como ella misma se presenta en los primeros minutos del capítulo inicial) no es un mero agregado o un telón de fondo. Por el contrario, la solvencia de la historia se basa precisamente en cómo se unen y entrelazan los diferentes rostros públicos, privados y subterráneos de los personajes. Una tarea que el enorme trabajo actoral de Lancashire vuelve creíble desde un primer momento y nos lleva a experimentar picos de tensión de altísimo voltaje: como cuando Catherine lucha cuerpo a cuerpo con Tommy Lee Royce (el violador de su hija Becky). Tal vez el clímax de esta primera temporada porque además del realismo crudo de la secuencia, el televidente entiende perfectamente que esa

lucha violenta y angustiante es mucho más que el combate que se está librando: es la ilusión de volver el tiempo atrás y salvar a su propia hija (que tras ser violada y dar a luz se quita la vida) así como el desesperado intento por proteger a su nieto de un pasado que a pesar de sus esfuerzos comienza a alcanzarlo. Queda claro, también, que es la lucha por desprenderse de los múltiples corsés que la sofocan y escapar ella misma de ese pasado desolador.

En estos tramos se aprecia especialmente la apuesta de Wainwright por una dirección minimalista y sobria que "invisibiliza" la cámara y deja fluir con sencillez los hechos (en contraste, por ejemplo, con el lenguaje mucho más poético de series como Fargo, True Detective o River). En Happy Valley, un poco como en el cine neorrealista italiano de posguerra, nada viene a edulcorar las cosas, la dirección y la fotografía no nos distraen de lo que la guionista quiere mostrarnos en primer plano: la silenciosa y cotidiana angustia de Catherine. Pero al mismo tiempo, como en el cine social y político de Ken Loach, el cuadro pintado no es, incluso así, totalmente oscuro y desesperanzador.

En conclusión, en Happy Valley no encontraremos sólo una historia policial y un caso más o menos atrapante, sino una rendija para espiar algunos de los mecanismos que mueven a los hombres y sentir el dolor profundo de una mujer rota pero de pie, que con su lucha cotidiana en las calles, en la estación de policía y en su casa atestada de fantasmas, nos muestra lo que significa vivir después de la muerte.

Recibido con pedido de publicación 01/06/2016

Aceptado para publicación 29/07/2016

Versión definitiva 16/08/2016